

Mis
libros

Disney

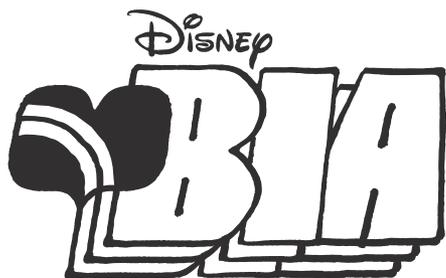
BIA

PRIMER AMOR ☺ ☺



+10





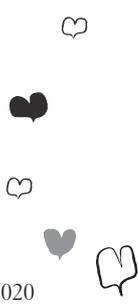
PRIMER AMOR 😊😊



LIBROS *Disney*



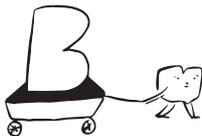
© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-9951-986-9
Depósito legal: B. 25.036-2019
Impreso en España

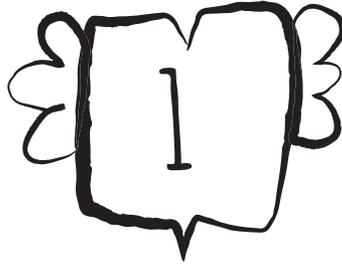


El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





es
COMPLICADO

En la discográfica Rodeo Bay Studio la situación se puso de lo más tensa. El encuentro con Álex fue inesperado y sorprendente para todos. Pero lo más inquietante fue ver junto a él a Manuel, y también a un hombre y a una mujer de la edad de mis padres y a un chico en silla de ruedas. De pronto lo comprendí todo: el chico era Víctor, el novio de mi hermana Helena y único superviviente del accidente, y los dos adultos, sus padres. ¡Los Gutiérrez al completo!

—Ella es Bia Urquiza, la hermana de Helena —explicó Víctor a los integrantes de su familia, que tenían las caras demudadas.

—¿Qué?! Ella es... ¿una Urquiza?! —preguntó Álex, fuera de sí.



Víctor asintió sin perder la calma. Estaba claro que se había preparado para este momento.

—¿Cómo sabías que Bia era la hermana de Helena? —preguntó Manuel.

—Cuando me dijiste su nombre empecé a sospechar, y lo confirmé cuando vi el vídeo que posteoó Álex de ella cantando —explicó. Y luego, mirándome, añadió—: Tienes el talento de tu hermana.

Enseguida entendí que Víctor no estaba ahí para pelear, sino que quería lo mismo que nosotros: grabar el disco de Moondust. En cambio, Álex y sus padres no querían saber nada al respecto.

—¡No lo puedo creer! ¡Sabía que no teníamos que involucrarnos con esta gente! —replicó Paula Gutiérrez.

Mi *mãe*, fiel a su estilo, intentó calmar los ánimos. Aunque fue en vano: los reproches iban en aumento y no parecía que fuéramos a ponernos de acuerdo.

—Paula, mejor vámonos —dijo Antonio Gutiérrez, pero su esposa lo fulminó con la mirada.

—¡Su hija fue la responsable de todo! ¡Por su culpa perdimos a Lucas! —exclamó furiosa.

En ese momento entendí que lo que pasaba entre nuestras familias no era un simple malentendido.

—¿Creen que fueron los únicos que sufrieron? Nosotros también perdimos a una hija —replicó mi *mãe* al borde del llanto.

—¡Basta! Por favor... Estamos aquí para cumplir un sueño. ¿Podemos entrar y tratar de hablar con tranquilidad? —supliqué, intentando destensar la situación.



—Bia tiene razón. Para mí, esta es una manera de honrarlos a ellos, a Lucas y a Helena —añadió Víctor.

Álex lo miró indignado:

—Por culpa de Helena estás en esa silla, ¿y encima la defiendes?

—¡No hables así de mi hermana! —le respondí lanzando fuego por los ojos.

La discusión iba subiendo tanto de intensidad que mamá y Paula tenían las mejillas bañadas en lágrimas.

—Por su culpa, mi hijo está muerto —siguió diciendo la mujer con una expresión tan dura como el cemento.

Al escuchar eso, papá se cogió el estómago y empezó a respirar con dificultad. Si bien al principio intentó quitarle importancia, no fue hasta que empezó a tambalearse y perdió el equilibrio que nos dimos cuenta de que algo andaba mal. Mamá y yo reaccionamos instintivamente y lo cogimos cada una de un brazo.

—¡Vamos a llamar a un médico! —dijo mamá.

—¡Eso, márchense! Es lo mejor que pueden hacer —intervino Paula con muy mala intención.



Se había pasado y había conseguido enfadarme. Así que, mirándola a los ojos, le pregunté:

—¿Usted no tiene corazón?

Todos se quedaron en silencio y los tres nos fuimos sin mirar atrás.

Esa noche, cuando el médico nos aseguró que con unas horas de reposo papá se recuperaría, mamá vino a mi cuarto para ver cómo estaba.

—Aunque me habíais contado lo que pasó con los Gutiérrez, vivirlo en persona ha sido horrible —admití—. Ojalá hubiese podido apoyaros antes.

—Eras muy pequeña, Bi...

—Pero ya no lo soy —la interrumpí—. Y no importa lo que pase, siempre estaré ahí para vosotros.

Mamá me miró con ternura y sonrió conmovida ante mi promesa.

—Todavía no puedo creer que después de tanto tiempo sigan diciendo esas cosas —comentó. Y por un instante su voz se quebró, aunque enseguida recuperó su tono habitual y añadió—: No se dan cuenta de que seguir culpando a Helena no solo es mentira, sino que nos hace más daño a todos. Pero debemos tener esperanza, ella lo hubiera querido así.

—Te quiero, *mãe* —le dije de todo corazón.

Al poco de salir mamá de mi cuarto me llamó Manuel: quería pedirme disculpas por el trato que habíamos recibido de su familia.



—No tienes la culpa de que tu familia nos odie —le dije, intentando tranquilizarlo.

—Víctor me habla mucho de Helena. No entiendo por qué dicen esas cosas de ella, cómo pueden estar tan equivocados. Seguro que era una chica muy especial, como su hermana pequeña...

Los ojos se me llenaron de lágrimas al oírle. Me hacía muy feliz saber que la idea que Manuel tenía de mí no había cambiado. Pero entonces, se calló. Esperé unos segundos dándole tiempo para que siguiera hablando, hasta que por fin le pregunté:

—¿Hola, Manuel? ¿Estás ahí?

—Tengo que cortar. Después hablamos —fue lo último que me dijo.

Me quedé mirando el teléfono, estupefacta. ¿Qué significaba aquello? Esperé un rato a que volviera a llamar, pero no tuve más noticias de él en toda la noche y me fui a dormir con la incertidumbre y cierta desazón.



Al día siguiente, cuando salimos del colegio, para aprovechar el día soleado nos fuimos Chiara, Celeste y yo a una placita cercana. Apenas nos sentamos, les conté todo lo que nos había pasado en la discográfica.

—Los Gutiérrez y los Urquiza son como los Capuleto y los Montesco de *Romeo y Julieta* —dijo Celeste, que no salía de su asombro.



—Creo que los Gutiérrez son peores que la familia de Romeo. No sabéis cómo se pusieron, sobre todo Paula, la madre, y Álex...

De pronto Chiara se detuvo, como impulsada por un resorte: había olvidado algo en el aula. Sin decir más, se fue corriendo sin darnos tiempo a reaccionar, pero antes nos suplicó que no siguiéramos hablando más del tema hasta que ella estuviese de vuelta. Era una buena oportunidad para preguntarle a Celeste qué pensaba del acercamiento entre Daisy y Jhon.

—Parece que hay mucha conexión entre ellos...
—dije, pero ella fingió no haberme oído y se llevó una mano a la oreja con un gesto de dolor. En ese momento, Chiara volvió corriendo porque se había dado cuenta de que lo que buscaba estaba dentro de su mochila. ¡Qué despistada!

Esa tarde, en cuanto llegué a casa me fui a mi cuarto a dibujar. Después de todo lo que había pasado, necesitaba hacer algo para expresar lo que estaba sintiendo. Me senté en la cama y cogí la foto de Helena que tenía guardada dentro de mi cuaderno. Me detuve un momento en su pañuelo dorado y, enseguida, me vino a la cabeza el recuerdo de cuando me dijo: «*Mais que uma irmã, você é uma amiga*». Entonces la inspiración se apoderó de mí y, con un rotulador, empecé a dibujar en el dorso de la foto

mientras cantaba *Si vuelvo a nacer*. Quería hacer algo que me recordara a ella, así que dibujé el gesto de los dedos entrelazados con forma de corazón. Cuando terminé me sentí un poco más tranquila: siempre me hace bien conectar con Helena.

Como me ocurre cada vez que dibujo, el tiempo pasó sin que me diese cuenta y por eso al mirar la hora y comprobar que se había hecho tardísimo cogí mi cuaderno y el casco y salí volando para el Fundom. En cuanto llegué, me quedé en uno de los sillones del SUM esperando a que llegaran las chicas. La primera fue Chiara, que aprovechó para hablarme de Celeste.

—Estoy preocupada. Cuando no son los oídos es el cuello, siempre le duele algo. Además, volvió a desaparecer misteriosamente... Y a mí no me engaña, estoy segura de que le pasa algo con Jhon.

—No lo va a reconocer nunca.

En ese momento se acercó Pixie muy emocionada, así que dimos nuestra conversación por terminada.

—¡Chicas! ¿Os lo he contado ya? Este viernes hacemos un *challenge*, «La guinda del pastel».

Chiara y yo nos miramos superintrigadas y, aunque no sabíamos de qué se trataba, enseguida nos apuntamos. ¡Nos encantan los retos!

Cuando recibí una notificación en mi móvil, mi corazón se aceleró. ¿Sería Manuel? Pero cuando miré la pantalla no pude evitar sentirme un poco decep-



cionada: era Vera que quería saber cómo había salido la reunión. Decidí responderle más tarde. Antes necesitaba hablar con Manuel. Sin pensarlo demasiado, busqué su número entre mis contactos y quedamos para encontrarnos más tarde en el Fundom.

Cuando llegó la hora de vernos empecé a recorrer de arriba abajo la terraza. ¡No podía más de impaciencia! Por fin lo divisé a través del cristal. Mi corazón se aceleraba a medida que se acercaba, pero cuando pude verle la cara me di cuenta de que su expresión no auguraba nada bueno.

—¿Cómo estás? —preguntó con bastante sequedad.

—Impactada, todavía no me lo puedo creer. ¿Te han dicho algo al saber que somos... amigos?

—Me han dicho de todo —respondió apartando la mirada—. Es muy complicado. Pero no tiene sentido hablar de eso. Ellos tienen mucho resentimiento y no saben ni lo que dicen.

Me quedé en silencio esperando que continuara: quería saber qué iba a pasar con nosotros. Pero me di cuenta de que incluso le costaba sostenerme la mirada, así que me armé de valor para preguntar:

—¿Eso dónde nos deja? A nosotros dos, quiero decir...

Manuel estaba cabizbajo. Podía comprender que no se sintiera bien, pero no entendía que se que-

dara callado, sin pronunciar palabra. Finalmente, levantó la mirada y buscó un lugar donde sentarse.

—Ahora que sabes que soy una Urquiza, supongo que ves las cosas de otra manera —comenté, con un nudo en el estómago.

—No, lo que siento no ha cambiado... —respondió. Y en respuesta a mi mirada expectante, añadió—: Pero es muy complicado. A veces no aguanto vivir en casa, siento que no me quieren ahí... Sobre todo, mi tía.

Lo miré sorprendida, nunca me había dicho que le pasara algo así. De pronto, sentí mucha tristeza por él.

—¿Por qué fuiste a vivir con ellos?

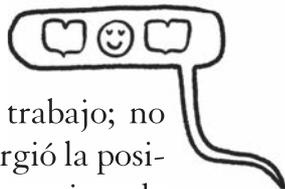
—Mi padre murió cuando yo era pequeño y mi madre viaja mucho por trabajo; no quería que me quedara solo. Entonces surgió la posibilidad de vivir con mi tío Antonio, que era primo de mi padre, y aquí estoy... Aunque ahora no sé qué va a pasar, a veces el tiempo ayuda, pero no sé.

«A veces el tiempo ayuda.» Esas palabras se grabaron en mi cabeza: Manuel quería que nos alejáramos.

—Tal vez deberíamos poner un poco de distancia —dije, para facilitarle las cosas.

—Ah... Bueno, eso puede ser. Si te parece que es lo que necesitas...

Su comentario me molestó un poco porque no era yo la que estaba tomando la decisión. Si hubie-





se dependido de mí, le habría propuesto buscar el modo de solucionar las cosas, como siempre habíamos hecho. Pero en cambio respondí:

—No quiero crearte problemas con tu familia.

En ese momento sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y supe que no iba a poder seguir hablando sin llorar, así que lo detuve antes de que me dijese algo más.

—Perdón, es tarde. Me tengo que ir —dije dando media vuelta.

Atravesé el Fundom hacia la salida sin ni siquiera detenerme a saludar a mis amigas y me fui pedaleando lo más rápido que pude, repasando toda la conversación en mi cabeza. ¡No podía creer que todo hubiera salido tan mal!

Cuando llegué a casa ya era casi la hora de comer, así que fui directa al comedor para poner la mesa. Papá ya tenía mucho mejor aspecto, pero seguía indignado por lo sucedido.

—Cada vez que pienso en esa familia se me revuelve todo —dijo llevándose una mano al estómago.

—Mariano, por favor, no pienses en ellos, no los vamos a volver a ver. No se hace el disco y punto

—aseguró mamá.



Aunque la salud de papá era lo más importante, no pude evitar entristecerme: la idea del disco me había ilusionado mu-

cho, demasiado. No podía renunciar tan fácilmente. De pronto, el timbre me sacó de mis pensamientos. ¿Quién sería a aquellas horas? Fui a abrir y me quedé de piedra: era Víctor Gutiérrez. Enseguida me hice a un lado para dejarlo pasar. Cuando lo vieron, la reacción de mis padres fue la misma que la mía segundos antes.



—Hola... —dijo Víctor con timidez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó papá conteniendo el enfado.

—Vengo a pedir perdón —respondió Víctor con determinación.

Papá lo miró con recelo. Era evidente que le costaba decidir si confiar en él o no.

—Por favor, papá. Escuchémosle.

Por toda respuesta, mi padre se cruzó de brazos y guardó silencio.

Víctor entendió que le estaba dando una oportunidad, así que tomó aire y empezó a hablar. Se notaba que no le resultaba fácil. Su voz se entrecortaba y en cada pausa parecía a punto de llorar. Estaba muy avergonzado por todo lo que había pasado en la discográfica, sobre todo por lo que su madre había dicho sobre mi hermana.

—Helena no se merecía esas palabras —explicó—, yo la quería mucho. No pasa un día en que no piense en ella, en que no la extrañe y no desee que nada de esto hubiese pasado.



le culpo, creo que prefiere no causarle más problemas a su familia. Tienen tanto odio...

Mis amigas no lo entendían, les parecía demasiado injusto todo lo que estaba pasando.

—Pero vosotros no tenéis la culpa, ¡sois el uno para el otro! —dijo Chiara indignada.

Celeste asintió.

Como no tenía ganas de seguir hablando de eso, les pedí que cambiáramos de tema. Chiara entonces nos soltó de buenas a primeras que tenía ganas de abrir su propio canal.

—Con Celeste, claro: nuestro canal. ¿Te quieres apuntar?

—Gracias por pensar en mí, pero creo que ahora no estoy de humor... —me excusé.

Las chicas siguieron hablando, pero yo dejé de escuchar lo que decían porque no paraba de darle vueltas a todo el asunto de Manuel. Tenía que haber alguna solución que nos permitiera seguir juntos. Sin embargo, por más que pensara y pensara, no encontraba la salida.



Más tarde nos fuimos al Fundom. Las chicas querían contarle a Pixie la idea de Chiara y pedirle ayuda para montar el canal. Mientras ellas se lo explicaban, yo me quedé un rato en la terraza intentando dibujar en mi cuaderno, pero no pude encontrar la tranquilidad que necesitaba: Manuel ocupaba todo



mi espacio mental. Tan agobiada estaba que decidí ir al baño a lavarme la cara y despejarme un poco. Pero con tal mala suerte que en cuanto entré me topé de frente con él y Mara. ¡Qué raro! ¿Desde cuándo eran amigos?

—Hola... —dije con el corazón latiendo a mil. Los dos se volvieron a mirarme.

Tuve la sensación de que había interrumpido una conversación y de pronto me sentí superincómoda.

—Hola... —respondió Manuel desviando la mirada y saliendo de inmediato del baño.

¡Más extraño todavía! Es verdad que habíamos acordado alejarnos un tiempo, pero eso no significaba convertirnos en completos desconocidos... ¿O sí?

Mara, que seguramente captó mi expresión de desconcierto, me preguntó si todo iba bien con un tono tan falso que me hizo desconfiar.

—Sí, ¿por?

—El otro día oí a Álex hablar mal de ti, supermala onda.

—¡Qué sorpresa! —respondí, irónica.



—Te entiendo. Álex y Carmín son insoportables. A mí también me hacen la vida imposible. Pero mejor otro día te cuento. Ahora tengo que irme —dijo, dejándome superdesorientada y sin comprender nada.

¿Qué había sido todo eso? ¿Por qué Manuel prácticamente había huido al verme entrar? ¿Y por qué

Mara de pronto me contaba sus problemas? Sabía que no iba a hallar las respuestas a ninguna de mis preguntas, así que decidí volver a casa para encontrarme con mis padres antes de ir a la discográfica.

Víctor nos estaba esperando frente al Rodeo Bay Studio, y su sonrisa cuando nos vio me confirmó que estábamos haciendo lo correcto.

—¡Hola! Parece que esta vez sí, por fin llegó el momento. ¿Están listos?

—Sí, un poco nerviosos pero contentos de dar este paso —respondí conteniendo la emoción.

Miré a mis padres y ellos asintieron en señal de apoyo.

Camino de la puerta de la discográfica, Víctor y yo nos rezagamos un poco. Fue entonces cuando él se puso serio.

—Helena y yo habíamos empezado a componer una canción que nunca pudimos terminar, y me gustaría mucho incluirla en el disco —explicó—, pero no quiero hacerlo solo... Las canciones siempre las escribíamos juntos, y por eso me parece que lo más justo es que esta la hagamos los dos —dijo.

—¿Nosotros dos? —pregunté, para asegurarme de haber entendido bien.

Por toda respuesta, Víctor asintió, sonriente.

Si bien me sentía superhalagada, no estaba segura de que fuera capaz de hacer lo que me estaba pro-



poniendo. Busqué a mis padres con la mirada, y los vi muy conmovidos. Así que volví a mirar a Víctor y le pedí un tiempo para pensarlo. Por suerte, él es muy comprensivo y lo entendió sin más explicaciones.

Esa tarde, cuando volvimos a casa, Chiara vino a visitarme y nos quedamos charlando en mi cuarto. Estaba frustrada porque había pasado toda la tarde siguiendo a Celeste y aun así no había podido descubrir su secreto. Mi *mãe*, que estaba colocando la ropa en mi armario, se quedó un rato hablando con nosotras y logró lo que siempre logra con todas las personas: que Chiara se sintiera mejor.

Cuando mi amiga se fue, mamá aprovechó para preguntarme por la propuesta de Víctor y le conté que todavía no había tomado una decisión. ¿Y si no estaba lista?

—Si necesitas hablar, aquí estoy —añadió antes de salir de mi cuarto.

Al rato me llegó un mensaje al móvil: era Vera. ¡Me había olvidado de responderle! Enseguida cogí el teléfono y, tras escribirle un mensaje de disculpa, le conté lo que había pasado en la discográfica.

«Nos encontramos con la familia de Víctor y digamos que la relación es difícil. Sus padres culpan a Helena del accidente, dijeron cosas muy feas de ella. Dicen que es la culpable de todo», escribí.

«¿Y tú qué piensas?», preguntó.